



*Leopoldo Zea:
Una Filosofía Comprometida
con la Liberación del Hombre*

Rafael Cuevas Molina



no de los signos más característicos de la vida espiritual de América Latina, signo que ya se manifestaba en el siglo XIX y que no ha desaparecido hasta el presente, es la aspiración de tomar conciencia acerca de las raíces y los destinos históricos de la cultura de nuestra comunidad humana, fruto del encuentro de mundos diferentes. Esta búsqueda ha adquirido particular intensidad en nuestros días debido a varias circunstancias entre las que adquieren especial relevancia los procesos y cambios sociales reivindicativos de los derechos de nuestros pueblos y la cercanía de la conmemoración del quinto centenario de la llegada de los europeos a nuestro continente. Filósofos y pensadores de diversos países, operando con diferentes metodologías, han propuesto esquemas teóricos y buscado fórmulas capaces de sintetizar la experiencia histórica del continente y definir también las perspectivas de su desarrollo.

Esta estrecha vinculación entre los procesos y acontecimientos que se suceden en nuestro continente, y la filosofía, no es casual. Ya en 1954 decía don Leopoldo

Zea, en su ensayo titulado *Significado de la filosofía en la cultura de América* (1) que «(...) la filosofía americana, tanto la sajona como la ibera, se encuentra aún en una etapa en la que predominan problemas concretos, cuya solución no ha podido ser conjugada». Por ello, los más urgentes problemas de nuestra época encontraron siempre lugar en la reflexión filosófica de Nuestra América, dando lugar a lo que Zea llama una «filosofía menor, de urgencia», en proceso de madurez, en donde predominan las interrogantes relativas a los rasgos definitorios de nuestras tierras: la herencia colonial, la dependencia, la liberación, la libertad, etc., y la imbricación con la acción transformadora del mundo.

«Filosofía de la liberación» llama F. Lizcano a la filosofía de Leopoldo Zea, «instrumento para transformar la realidad» en los países subdesarrollados (2), que se emparenta, por esta vía, con los planeamientos teóricos de Enrique Dussel, Augusto Salazar Bondy y otros filósofos que ven en la filosofía la conciencia de la situación de dominación, que puede originar la acción para la liberación. Esta es una filosofía que tiene claramente ubicado su origen en el llamado Tercer Mundo, que es portadora espiritual de «los parias de la Tierra», pero cuyo horizonte es el mundo entero y no solo el «tercero», pues aspira a expresar, como dice Zea, «La toma de conciencia plena, como unidad de lo que se ha ido, o que se es y lo que se quiere llegar a ser. Unidad de lo humano en continua realización» (3).

Esta *unidad de lo humano* de la que habla Zea se basa en la idea de que los pueblos y los hombres son iguales porque son diferentes entre sí; no se trata solamente, por lo tanto, de la igualdad frente al Estado, sino también de la igualdad *entre Estados*, que pasa por oponer resistencia al dominio de las fuerzas de otras etnias y razas, por la oposición frente a la dependencia; es por esto que el pensamiento de Zea pone tanto énfasis en el esfuerzo por entender las fuentes y naturaleza de ésta, y en encontrar las formas para lograr la descolonización espiritual y la autoafirmación en la esfera conceptual psicológica, en alcanzar la libertad real. Este continuo, riguroso y soste-

nido esfuerzo que implica el encontrar las vías de la liberación, es lo que nos da la posibilidad de ubicarlo, con pleno derecho de su parte, como uno de los más eminentes pensadores del continente.

Podríamos decir que su pensamiento se ubica, utilizando su propio aparato conceptual, en el proyecto «asuntivo» del pensamiento latinoamericano, que busca la superación del eurocentrismo por medio de la aceptación de la realidad actual y la toma de conciencia de la dialéctica de sus contradicciones, orientado a construir una «nueva realidad» en los marcos de la realidad concebida.

El proyecto asuntivo superaría los dos modelos característicos sobre los que se estructurarían las más distintas utopías del futuro latinoamericano, independientemente de la etapa de la historia de las ideas que se trate. El primero, que denomina «conservador», se orienta hacia el desprecio de la realidad latinoamericana «bárbara» o «satánica», que ambiciona echar al olvido la cultura indígena y evitar que la cultura cristiana se contagie de la autóctona, abogando por la imposición del pasado colonial. Este proyecto conservador se encuentra ligado, según Zea, al complejo de superioridad moral propio de la cosmovisión del criollo. El segundo proyecto, denominado por Zea «civilizador», consiste en negarse a aceptar la realidad tal cual es, y que fue impuesta a América Latina por la expansión colonial. Es más, se niega su propia historia. Esta posición considera auténtica solamente la cultura indígena —o la mestiza— y rechaza categóricamente la herencia cultural ibérica.

Frente a esto, entonces, se trata de la liberación cultural de Nuestra América «sin renunciar a una identidad que, quiérase o no se ha ido forjando en la historia de una dialéctica lucha entre dependencia y libertad» (4), de apuntalar una filosofía que se ajuste a la realidad que la originó, que refleje sus problemas y señale su solución. Es esta una filosofía que conscientemente aspira a elaborar una «guía de acción», sustentada en el análisis histórico y filosófico de la realidad, que asimila de modo creador

los mejores logros del pensamiento social europeo, pero que aspira a superar la etapa signada por el eurocentrismo del que hacíamos mención anteriormente. Es esta la misma idea que en su momento expresaran Augusto Salazar Bondy y José Martí; el primero cuando dijo que no basta con equiparse con un buen instrumento filosófico en la Sorbona, Oxford o Moscú, sino que hay que hacer «un trabajo crítico en la medida en que la realidad histórica lo permita, un trabajo de replanteo en la medida en que vamos emergiendo hacia una óptica nueva, y una reconstrucción de la filosofía, en la medida en que esa óptica nos da una manera de producir un pensamiento ya orientado en el sentido de la filosofía de la liberación» (5), y el segundo cuando en su ensayo *Nuestra América* clamó: «Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas».

Zea se inscribe, entonces, en una de las mejores tradiciones de eminentes pensadores latinoamericanos, que han hecho ingentes esfuerzos por desarrollar un pensamiento apegado a nuestras tradiciones y necesidades, con el fin de contribuir a la transformación social que posibilite la convivencia justa y equitativa.

¡Cuán difícil se presenta, sin embargo, este trabajo porque la convivencia entre los pueblos supere el lastre de la mentalidad colonial y neocolonial de nuestros días! Véase, por ejemplo, cómo en torno a la conmemoración del quinto aniversario de la llegada de los europeos a América, se disparan ásperas disputas que implican, algunas de ellas, prepotentes reivindicaciones coloniales, que no están acordes con la realidad y las aspiraciones de los pueblos en nuestros días. En los Estados Unidos, por ejemplo, según lo declarado por su presidente, Ronald Reagan, se planea presentar el encuentro como una proeza estadounidense, dándole el sentido de que Estados Unidos simboliza a América. Es del conocimiento público también que, en Europa, existe una disputa en torno a quiénes deben atribuirse los méritos del «descubrimiento», en la cual participan noruegos, españoles e italianos, mientras los franceses se interesan por el aniversario afirmando que el «descubrimiento de América» contri-

buyó a la difusión de la influencia cultural de Francia. Hemos de decir que ni el Vaticano queda fuera de esta disputa.

Ya Zea advertía en 1986 que no debíamos hablar de «descubrimiento» de América, sino de «encuentro» de América con Europa. Y esto nos parece totalmente cierto, puesto que si tal acontecimiento constituyó un descubrimiento para alguien, esto lo fue para los europeos, quienes eran los que ignoraban la existencia de estas tierras y de sus millones de habitantes, quienes, no por ser ignorados por aquellos, se ignoraban a sí mismos; y si para Nuestra América el encuentro constituyó un momento crucial de su historia, no menos lo fue para el resto del mundo, que nunca volvió a ser lo que antes era. Y si hablamos con propiedad, y siguiendo siempre a don Leopoldo, desde el punto de vista ideológico, el tal descubrimiento constituyó más un «encubrimiento» realizado cuando España y Europa llegaron al continente y lo cubrieron con sus ideas, destruyendo o ignorando lo que no comprendían, imponiendo sobre las otras una visión del mundo propia del español del siglo XVI. *El verdadero descubrimiento, concluye Zea, será el que haremos nosotros mismos* al aclarar el valor auténtico de la mestización, de la unidad racial y cultural, no sólo de los principios europeo y americano, sino también del asiático y del africano, pues conformaron algo así como una aleación en el crisol llamado América. Pienso que este descubrimiento que haremos nosotros mismos abarca diferentes niveles de la vida social e implica a muy diferentes ciencias y disciplinas; es decir que este debe ser un esfuerzo que ataña no solo a las ideas y a la filosofía, sino también a los pueblos y a otros hombres de ciencia; no me cabe la menor duda de que la actual lucha de los pueblos centroamericanos por su autodeterminación constituye una de las expresiones más patéticas y auténticas de afirmación de la propia personalidad social, de su identidad, de su descubrimiento.

En el ámbito de lo teórico, este descubrimiento constituye un movimiento que involucra a Africa y Asia, y que no es exclusivo de América Latina. Los avances en

la descolonización de la historiografía han sido varios y constantes en los últimos años, jugando un importante papel en este sentido la UNESCO. El mismo Dr. Zea es coordinador del trabajo antológico denominado *América en sus ideas*, publicado conjuntamente por Siglo XXI Editores y la UNESCO en 1986. Podemos ubicar aquí también la teología de la liberación y todos los esfuerzos por constituir una ciencia de la educación al servicio de la «concienciación» latinoamericana. Todas estas expresiones teóricas tienen un indudable sentido pragmático que abre ante los revolucionarios o reformadores de nuestros días recursos para fundamentar las tareas corrientes y formular principios para trazar objetivos que se hacen realidad por la acción colectiva. La «filosofía de la liberación» se inscribe en el ámbito de este esfuerzo de largo aliento que se alinea con las necesidades de los pueblos.

Evidentemente, la función que en este contexto se le asigna a la filosofía es rechazada por muchos colegas filósofos que consideran que con ella se la degrada y empobrece; esta disputa generalmente implícita, que en ocasiones sale a la luz y que abarca una amplia variedad de temas y problemas, no excluye a ninguna corriente filosófica contemporánea. Pero independientemente de lo polémico del planteamiento de Zea en torno al problema de la función de la filosofía, a éste se le atribuye, por parte de críticos de su obra, la absolutización de lo particular a costa de lo general, el menosprecio de las «regularidades absolutas» del proceso histórico universal. Esto encontraría expresión en la idealización del «humanismo y solidaridad particulares» (t. Goncharova) de los países en desarrollo; en la desestimación de las posibilidades revolucionarias y progresistas de los pueblos europeos; en la esperanza de que América Latina sea la primera en presentar al mundo la comunidad de nuevo tipo, en emprender el camino hacia el «Estado universal de igualdad y humanitarismo verdadero».

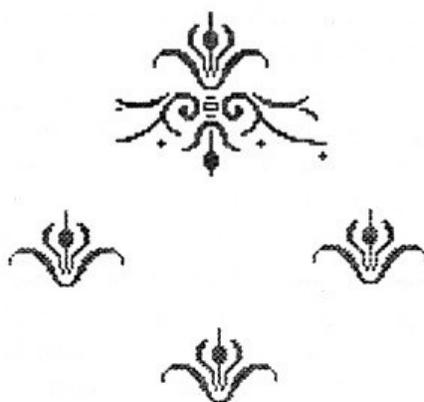
Independientemente de los aciertos o yerros particulares que las individuales formas de pensar encuentren en los planteamientos de Zea, éstos se erigen hoy

como una incitación a la asunción de nuestra historia, a la creatividad espiritual, a un cambio de actitud ante la realidad para dejar de ser apéndices, a erigir una libertad que no dependa de la semejanza con este o aquel modelo, sino de nuestra capacidad de asumir el pasado negándolo dialécticamente, evitando la antinomia que ha caracterizado, según él, al pensamiento latinoamericano.

Creemos que Leopoldo Zea señala con acierto el fundamento de este pensamiento antinómico, que refleja la aspiración del pensamiento latinoamericano a romper con el pasado dependiente para hallar su propia autenticidad. En realidad, este intento de romper con el pasado llevó inevitablemente, según Zea, a la sustitución de unas formas de dependencia por otras. Cabe señalar que dichos procesos operados en el pensamiento dieron cuenta de cambios sociales históricos mundiales, en los cuales se vio involucrada América Latina, como parte del sistema capitalista mundial. Decimos que se vio «involucrada», porque su historia ha entrado frecuentemente en una nueva etapa no por haber madurado para ello todas las premisas objetivas y subjetivas de nuestros países, sino por haber cambiado el sistema capitalista mundial en su conjunto, colocando a sus eslabones periféricos ante el dilema de perecer o reestructurarse de acuerdo con las nuevas condiciones. Con la particularidad de que no siempre las tareas objetivas del período precedente quedaban cumplidas, ni sus contradicciones solucionadas en lo fundamental ni «suprimidas», ni sus resultados «asimilados» por la sociedad, o sea, no pasaron a percibirse por la conciencia social como algo ajeno, como sucedió en los países desarrollados. Tal, por lo visto, es la esencia de la posición subordinada, dependiente de la que hacíamos mención.

La Centroamérica de hoy, ésta que visita don Leopoldo, constituye uno de los más importantes lugares del bregar colectivo de Nuestra América por la libertad que se lograría gracias a la igualdad que generaría el libre desarrollo de las diferencias. A la inteligencia centroamericana se le plantea, así, la necesidad de asumir con responsabilidad su papel de sistematizador y difusor de

esta utopía que no es más que la repetición del viejo sueño del hombre de vivir en paz, libertad e igualdad. Poner las fuerzas del intelecto a su servicio constituye un imperativo de nuestro tiempo, lo cual quiere decir crear, pero no partir del Ego sino del pueblo (González Casanova), sin autoritarismos, sin la facilidad dogmática, sin servidumbres académicas, con lucidez para poder superar todos los esquemas y ataduras que el pensamiento colonizado nos impone a cada paso, a pesar de la conciencia de su existencia y de la necesidad de superarlo.



NOTAS

- (1) En *Filosofía y cultura latinoamericanas*. (Consejo Nacional de la Cultura y Centro de Estudios Latinoamericanos «Rómulo Gallegos», Caracas, Venezuela, 1976), p. 16.
- (2) F. Lizcano, *Leopoldo Zea. Una filosofía de la historia* (Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1986), pp. 84-86.
- (3) Leopoldo Zea, «Dependencia y liberación en la filosofía latinoamericana», en *Filosofía y cultura latinoamericana*. op. cit. p. 228.
- (4) Leopoldo Zea, «Introducción» a *América Latina en sus ideas* (Editorial Siglo XXI Editores y UNESCO, México, 1986), p. 17.
- (5) Leopoldo Zea, «Dependencia y liberación...»; op. cit., p. 215.